

Á ENRIQUE LEGUINA

I

Su altivo labio que á beber rehusa
en la fuente común, tan sólo bebe
en el misterio donde vierte Hebe
los maleficios de su plata abtrusa,

por eso está tan pálida tu musa
que blanquea su albura entre la nieve...
¿Hay algo más sutil, flúido y leve
que el resplandor que lanza su difusa

cabellera? La lumbre de los astros
es menos clara que sus alabastros.
Para sus hombros es pesado velo

de las horas... ¡Oh, musa solitaria
que amas la desnudez estatuaria
en la sonora libertad del vuelo!

II

Con tu arco y tu carcax y tu pagana
juventud, al ladrar de tus lebreles,
vas por los verdes bosques de laureles
resucitando el mito de Diana.

Amas la presa palpitante... Ufana
en los festines de tus versos, sueles
endulzar tus angustias con las mieles
que liba en su panal la abeja humana

Resplandece en tu aljaba de poesía,
que brilla al sol como bruñido esmalte
de flechas y saetas un tesoro...

Y de la fabulosa cetrería
regresa hasta tu puño, el jerifalte,
trayendo del azul rimas de oro.

III

Entre las rosas y los mirtos veo
tu blanca aparición, que altiva llega
con su blanca y sutil túnica griega
que ciñe al hombro un áureo camafeo.

Suspendes, como clásico trofeo,
tu guirnalda en el ara y á ella entrega
como ofrenda votiva, tu fe ciega,
las más blancas palomas del Deseo.

Para cantar tu desnudez no hay cuerdas
en las liras de hoy; resulta exiguo
el tono del pincel, porque recuerdas

la belleza inmortal que lapidario
eternizó el cincel del arte antiguo
en la blanca quietud del mármol pario...!

IV

¿Quieres luchar, vencer, ceñir tus sienes
de coronas espléndidas? ¿Quisieras
tener vírgenes rubias prisioneras
en el ocio oriental de tus harenes?

¿El misterio te induce? ¿Acaso tienes
sed de infinito y escuchar esperas
en la música astral de las esferas
el germinar de todos los Edenes?

¿Quieres oros sin fin? ¿Domar la rima
como un potro salvaje? ¿Con tu Fama
un reino conquistar? ¿Vivir encima

del bien divino y del humano lodo...?
Lo quieres todo ¿di?... La vida ama,
pues teniendo su amor lo tendrás todo!

EL JARDÍN DEL ALCÁZAR

I

¡Oh, Jardín del Alcázar! Maravilla
de paz por silencio perfumada,
que envidian los jardines de Granada
y los floridos patios de Sevilla...

El alma en tus umbrales se arrodilla
y evoca faustos de la edad pasada...
Para amar y morir no existe nada
como tus laberintos, donde aún brilla

bajo la claridad lunar del cielo,
 negra pupila bajo blanco velo...
 El canto de los claros surtidores

que perla tus lunares palideces,
 ¿no es una guzla suspirando amores
 al pie de los mármóreos ajimeces?

II

De tus magnificencias orientales
 —oh. trágico jardín! apenas resta
 un ensueño de oro en floresta
 y un perfume de plata en los rosales.

¿Dónde tus pabellones ideales?...
 Nada recuerdas de la antigua fiesta,
 cuando á compás de la morisca orquesta
 y entre un blanco revuelo de almaizales,

con un crótalo de oro en cada mano,
 incitadora y ondulante y muda
 como perfume de áureo pebetero,

la hija de un poderoso rey cristiano,
 gloriosa de impudor, danzó desnuda,
 ante el dosel de Abderramán Tercero!

III

¿Acaso doras tu dolor presente
 con los tesoros de la edad distante,
 cuando fuiste esmeralda en el turbante
 de la altiva Sultana de Occidente?

¿En el cristai insomne de qué fuente
 mostró la palidez de su semblaute
 la dulce Umm-ul-Kiran, cuando el amante
 besó la media luna de su frente?

¿En qué sendero, junto á qué fontana
la mano de Almanzor rasgó los velos
de la orgullosa y lúbrica Sultana?

¿Al pie de qué rosal, por vez primera,
bajo el dosel gemado de los cielos,
se amaron el león y la pantera?

IV

¿No recuerdas? Bajo los arcos de laureles,
á compás de los roncós atambores,
desfilan tus guerreros vencedores
de la bárbara cruz de los infieles.

Piafan estremecidos los corceles...
De todas las ventanas llueves flores...
Lanzan las armas áureos resplandores
bajo la albura de los alquiceles.

Tú sueñas con las rubias prisioneras,
cautivas á cuidarte destinadas,
y de orgullo te esponjas y palpitas,

mientras abren al sol sus primaveras
los estandarte de los Omniadas
sobre las torres de tres mil mezquitas!

V

¡La lucha va á empezar! Tu adarga embraza,
enristra tu lanzón y el acicate
hunde en tu potro... Antonio, en el combate
sé digno de tu pueblo y de tu raza.

Desprecia de la envidia la amenaza,
y del odio brutal el rudo embate,
que coraza de orgullo no se abate...
y el orgullo ha forjado tu corazal

Recoge el polvo de tus vestiduras
tras de cada combate, y que le encierren
en las copas más nobles y más puras.

Cuando al olvido á sepultarte vayas
como Almanzor, ordena que te entierren
entre el polvo de todas tus batallas!

JARDÍN FLORENTINO

La arcada de la loggia, la avenida
de cipreses, el parque floreciente,
el alto cielo y la tranquila fuente,
todo serena el ánimo y convida

á tejer con las rosas de la vida
frescas guirnaldas para nuestra frente,
La tarde se desangra, lentamente,
aleteando, cual paloma herida,

en la primaveral magnificencia
de los viejos jardines de Florencia,
mientras solemnizando la fragante

paz, el mentón adusto y agresivo
apoya sobre el puño, pensativo,
el blanco mármol familiar del Dante.

JARDÍN RÚSTICO

Ni una nube en la atmósfera tranquila.
Sobre el claro cristal del arroyuelo
tiene el azul ecuánime del cielo
la humana suavidad de una pupila.

Modorra de cigarras. Una esquila
rompe al silencio su collar. Un vuelo
de palomas... La brisa es como un velo
que un agrio aroma de panal destila...

Vuelca el cielo su copa deslumbrante
en la serenidad del horizonte,
mientras en los viñedos, al arrimo

de un bardal, una impúdica bacante,
brinda á la sed del viejo Anacreonte
sus áureas madureces de racimo!

JARDÍN MÍSTICO

Santa y fragante paz. ¡Ay, cómo siente,
solitario jardín de la abadía,
mi corazón la mística poesía
del ciprés, del rosal y de la fuente!

Perderme en tu reposo, indiferente
al humano dolor y á la alegría
humana... ¡Paz!... Cómo descansaría
sobre tu mármol mi abatida frente!

Fundirme en tu silencio, en tu fragante
serenidad, en el tranquilo olvido
de tu renunciamento... ¡Oh, dulce amante

del corazón que todo lo ha olvidado,
porque todo su bien miró perdido,
y funda el porvenir en su pasado!

JARDÍN ABANDONADO

El trágico dolor de un bien perdido
que coronó mi corazón de espinas
lloraba sobre las marmóreas ruinas
de antiquísimo templo derruido.

Las monjañas, el valle adormecido;
el acueducto sobre las colinas;
las columnas, los arcos, las encinas,
todo resucitaba del olvido

una tragedia antigua... Parecía
la voz del viento apóstrofes del coro;
y alzado sobre el alto ventisquero

el disco de la Luna relucía
como un escudo bárbaro de oro
sobre el casco de plata de un guerrero!

AL AMOR QUE SE FUÉ

